



LA ORACIÓN EN TIEMPO DE PRUEBA: EL DESIERTO

Para la oración personal

El desierto espiritual es una dimensión de la vida interior. Una distancia del corazón respecto a lo que puede alienar el deseo. No está ligado a lugares solitarios; puede vivirse entre el ruido de las grandes ciudades y en medio de responsabilidades absorbentes.

A Jesús le gustaba el desierto. Lo buscó con frecuencia e inculcó a sus discípulos la costumbre de reparar sus fuerzas en él. Pero tuvo buen cuidado de interiorizar el desierto y la soledad. Los lugares tienen su importancia, lo mismo que el alejamiento del ruido y de las palabras; pero en el retiro y en el silencio se abre para el hombre otra soledad que no se caracteriza por el espacio ni por el tiempo y que Jesús llama lo escondido. *"Tú -dice Jesús-, cuando quieras rezar, métete en tu cuarto, echa la llave y rézale a tu Padre, que está escondido; y tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará"* (Mt 6,6).

La puerta cerrada es tan sólo una condición. Lo escondido es otra cosa; allí mora Dios, allí sólo ve Dios. Cuando hablamos de soledad contemplativa, hablamos de la soledad del orante ante Dios, "el Dios de mi vida" que dice el salmista (Sal 142,9). Soledad serena, que abre la puerta a la mayor felicidad y a toda clase de comunión. Soledad paradójica, pues en el instante mismo en que el hombre entra en el secreto, encuentra allí al Único que puede llenar todas las soledades.

Es importante no separar nunca el desierto del caminar. Incluso a nivel personal, el desierto es una marcha, una forma privilegiada del Éxodo cristiano. Cuando convertimos el desierto en un refugio para nuestra sensibilidad herida, para nuestra sed de tranquilidad, o para nuestro cansancio en el servir, ya no estamos en el desierto que forja a los santos.

Lo esencial es vivir, en el día a día de nuestro desierto, la aventura de la fe y de la esperanza, con los ojos clavados en Cristo, "el pionero de nuestra salvación" (Hb 2,10).

Orar en Tierra Santa. - Monte Carmelo - CIPE: www.cipecar.org

En el pensamiento bíblico el desierto es un lugar temible, de lucha con el mal, de protestas, de tentaciones. Pero al mismo tiempo, aparece como un tiempo bendito, el de una relación fuerte entre Dios y su pueblo.

Geográficamente, el desierto es una tierra sin agua, "de estepas y barrancos, tierra sedienta y sombría, tierra que nadie atraviesa, que el hombre no habita" (Jr 2,6). En ese desierto estéril habitan los demonios, como Azazel a quien se envía el macho cabrío cargado con los pecados del pueblo (Lv 17,17). Es el hábitat de animales maléficos: las hienas "las víboras y los áspides", "los dragones y alacranes" (Is 13,22; 30,6; Dt 8,15).

Soledad y encuentro

Por ese desierto Yhwh "guía a su pueblo con amor" (Sal 136,16); "lo rodea cuidando de él, lo guarda como a las niñas de sus ojos" (Dt 32,20), y en esa tierra inhóspita es donde Yhwh se muestra como un Señor lleno de atenciones (Dt 8,15s; 29,4). El desierto es un lugar de encuentro con Dios (Jr 2,2). Invita a un cambio, a una conversión, a una renovación del amor perdido (Os 2,16).

El desierto es un paso de la esclavitud a la tierra de la libertad. Recuerdo de un período de prueba, de rebelión, en el que Dios manifestó su gloria y su poder.

El plan de Dios

Yhwh eligió para su pueblo ese largo recorrido a través del desierto porque quería reservarse para sí ser él mismo quien lo condujera y lo "precediera" (Ex 13,17s.21). En ese tiempo privilegiado de desierto, los hijos de Israel entran en alianza con Yhwh y se convierten en el pueblo de Dios, regido por su Ley. Dios quiso que su pueblo naciera en el desierto, lejos de la presencia de dioses extranjeros. En el desierto ya no hay seguridad, a no ser el Dios que los guía. Desde las primeras etapas el pueblo murmura contra el Señor, quejándose de la falta de agua y de alimento (Ex 14,11).

Juan Bautista

"Vivió en el desierto hasta que se presentó a Israel" (Lc 1,80). Tras bautizar a los que se convertían, los hacía volver a su vida cotidiana, a la práctica de la justicia y de la santidad, cada uno en su profesión: allí era donde tenían que mostrar los frutos de su conversión (Lc 3,10-14).

Jesús en el desierto

Después de su bautismo, "Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán y durante cuarenta días el Espíritu lo fue llevando por el desierto, mientras el diablo lo ponía a prueba" (Lc 4,1 s). A diferencia del pueblo en el desierto, Jesús pasa por la prueba de todas las tentaciones sin sucumbir a ella. Fiel a su Padre, prefiere la palabra de Dios al pan, la confianza al milagro, el servicio a Dios al dominio sobre los reinos del mundo.

Jesús aprovechaba los lugares solitarios para aislarse de las multitudes y orar (Mc 1,45; Lc 5,16; 4,42). En una de esas ocasiones, el lugar desolado se convirtió en "desierto" de la Nueva Alianza. Jesús sintió compasión de los hijos de Israel "porque andaban como ovejas sin pastor" (Mc 6,34) y "se puso a enseñarles con calma"; después les dio el nuevo maná: "Comieron todos hasta quedar saciados". Él mismo se convertirá en verdadero alimento capaz de dar la vida (Jn 6,51). Nadie llega a la Tierra prometida sin pasar por el desierto. Pero, en ese desierto, Cristo se hace para nosotros "camino, verdad y vida" (Jn 14,6). Por la unión con Jesús se realiza en nosotros el paso del "hombre viejo", inmerso en el mundo, a la "creatura nueva" (2 Co 5,17).

La Iglesia en el desierto

"Cuando vio el dragón que lo habían arrojado a la tierra, se puso a perseguir a la Mujer que había dado a luz el hijo varón. Le pusieron a la Mujer dos alas de águila real para que volase a su lugar en el desierto, donde será sustentada lejos de la serpiente" (Ap 12,13s). La Iglesia —sacramento del Señor en la tierra—, representada por la

Mujer, tiene que pasar también por los desiertos de la historia y por las duras pruebas de la fidelidad a su Dios. Sufre persecución, pero el Señor la protege, y vive espiritualmente escondida en el desierto hasta la venida definitiva de Cristo que pondrá fin al poder de Satán. Es cierto que nuestra confianza no puede apoyarse en nosotros mismos; pero "fiel es Dios y no permitirá que la prueba supere nuestras fuerzas. No, para que sea posible resistir, con la prueba dará también la salida" (1 Co 10,13).

Para la reflexión y la oración en grupo

Cuatro tentaciones en el desierto:

- Añorar las comodidades de Egipto. Apego a comodidades materiales o afectivas; reacciones del "hombre viejo".
- Reemplazar el éxodo espiritual de la comunidad por el éxito en un proyecto. El becerro de oro logra a menudo la unanimidad.
- Perder la confianza en Dios que actúa.
- Olvidar la Tierra prometida, el Día del Señor y perder de vista el gran horizonte de la salvación del mundo.

Recursos cristianos para la travesía del desierto:

- * Hacer memoria, juntos, de la iniciativa liberadora de Dios, de su promesa de una tierra de felicidad, y de la Alianza Nueva que ha sellado con su pueblo.
- * Valorar el camino en común, el compromiso con el plan de Dios.
- * Vivirla Eucaristía como el momento en que Cristo alimenta a su comunidad en el desierto, estrecha su unidad, la fortalece para la etapa siguiente. Engarzar la Eucaristía en la jornada como el acto más sagrado y más fértil, en el que los hermanos se enrollan juntos en la Pascua de Cristo.
- * Celebrar juntos la misericordia y el perdón del Señor como los momentos en los que Dios vuelve a poner en camino a su pueblo después de curar o vendar las heridas de la comunidad.
- * Tomar conciencia una y otra vez de que la aventura de fe y de esperanza de la comunidad no se puede separar del Éxodo que vive toda la Iglesia de Jesús.